

EN TORNO A PÁGINAS DE ARTE Y DE HISTORIA

Por Elisa García Barragán

Vasta, copiosa y erudita es la obra de Francisco de la Maza, cuyo valor ha sido reconocido no solamente en México, sino también en el extranjero en donde goza de una bien merecida fama internacional. Dentro de su considerable número de trabajos de gran importancia, para el estudioso del arte o el espíritu inquieto, tienen un sitio fundamental, por la variedad de asuntos que en ellos desarrolló, los artículos escritos tanto para revistas como para la prensa periódica.

Muy abundantes estos últimos, tocan sobre todo temas de arte, literatura e historia; pero la atención de Francisco de la Maza no se ciñó a estos campos amplísimos, sino que, su obra llena de matices, abarcó todo aquello que pudiera resultar de interés general: la batalla encarnizada en contra de los que injustificadamente trataban de destruir los monumentos artísticos e históricos de México; la descripción de nuestras ciudades, la burla y la crítica cargada de fina ironía a los pseudo-críticos del arte o de la literatura; la crítica teatral y cinematográfica, etcétera, sin olvidar, por supuesto, a Sor Juana Inés de la Cruz, la poetisa, que junto con el arte colonial mexicano fueron dos de los temas que más lo apasionaron.

No está por demás, en esta ocasión, repasar el libro *Páginas de arte y de historia*, en el que Francisco de la Maza hizo una selección de sus artículos publicados en revistas y prensa periódica, artículos que consideró los más representativos de sus variados intereses. Este libro fue publicado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, gracias a la iniciativa del licenciado Jorge Gurría Lacroix, el año de 1971, y contiene una importante serie de trabajos de Francisco de la Maza escritos entre los años de 1942 a 1962.

Enorme disgusto causaba a De la Maza el que se atacara de palabra o de obra al arte mexicano y mayor aún era este enojo, si la agresión provenía de una persona culta; esto se ve muy claro en el artículo con que se inicia *Páginas de arte y de historia*, bajo el título de "La pintura mexicana no necesita reivindicaciones (*Excelsior*, 8 de diciembre de 1942). En él se burla de don Teodoro Torres, académico de la lengua y le señala los errores en que incurrió al atacar a la pintura mural

mexicana, disminuyendo la importancia de Diego Rivera y José Clemente Orozco, con el objeto de destacar los frescos que el caricaturista Ernesto García Cabral pintó en Toluca:

No conozco los murales de Toluca; pero aun cuando fueran un verdadero prodigio, esto no le da derecho al señor "académico" Torres para desvalorizar las pinturas murales de los demás pintores y despotricar con ellos.

Es extraordinariamente penoso que un mexicano trate de rebajar y quitar méritos a pintores mexicanos mundialmente reconocidos y que diga cosas que hasta en un extranjero enemigo mortal de México, serían una positiva inmoralidad intelectual.

Finaliza haciendo una recomendación punzante a Torres:

Que siga escribiendo novelas, que siga "limpiando, fijando y dando esplendor" a la lengua española en su curul de la Academia y que no hable por favor de lo que no entiende.

Preocupación constante de Francisco de la Maza fue la actitud del clero, principalmente, en relación con su papel de custodio de los monumentos, sin dejar de lado el gusto estético con que el clero realiza sus nuevas construcciones; además muestra sus defectos o aciertos, y cuando es de justicia prodiga alabanza. Tal puede advertirse en el artículo "El clero y la arquitectura moderna" (*Excelsior*, 13 de octubre de 1942).

Es por esto que al encontrarse con una iglesia moderna hecha con buen gusto como la de Clavería, la elogia y aprovecha la oportunidad para indicar al clero, por medio de una verdadera lección de arte colonial, cómo sus antecesores se apegaron a las modas arquitectónicas de sus tiempos, sin querer repetir construcciones anteriores, salvo el siglo xvi. Actitud que Francisco de la Maza les recomienda continuar, porque al reproducir o copiar estilos pasados de moda, los constructores que generalmente desconocen el módulo patrón de sus antepasados, caen en el defecto de desproporción de sus fábricas o en recreaciones de pésimo gusto.

En este artículo hace un reclamo al buen gusto de los mexicanos y del clero en especial y pregunta:

Si México siguió su bien llevado proceso histórico-artístico ¿por qué ahora retrocede y mira al pasado —necesariamente muerto— y copia arquitecturas fenecidas? ¿Dónde están su fuerza y su vitalidad de antaño? ¿Ignora la *responsabilidad* que contrae al estar construyendo edificios sin trascendencia?

Magnífico observador, dotado de una percepción muy sensible tanto para el paisaje estético, como para las bellezas artísticas de las ciudades; sus artículos sobre éstas son un verdadero deleite para el lector. Pues en esas pequeñas monografías de las ciudades mexicanas como San Luis Potosí, Zacatecas, etcétera, publicadas en los principales diarios de la capital, va descubriendo desde los menores detalles de interés hasta llegar a hacer verdaderas descripciones de estilos arquitectónicos e iconografías de las fachadas religiosas, de manera que escritor y lector las van recorriendo paso a paso, envolviéndose ambos en el encanto de esos lugares.

En *Páginas de arte y de historia*, no podían faltar estas relaciones amenísimas, y cuatro son los artículos dedicados a ellas: tres a San Luis Potosí, su querida ciudad natal, y uno más a Zacatecas.

El primero de ellos titulado: "El arte colonial en San Luis Potosí" (*Novedades*, 25 de enero de 1953), como su nombre lo indica, es una narración de las principales construcciones coloniales del lugar, sin que olvide los tesoros que dichos edificios encierran, y así, arquitectura, pintura y demás obras de arte pasan placenteramente ante los ojos de los lectores. Menciona, asimismo, qué lugares han sufrido deterioro por la incuria del hombre o por el ataque de los ignorantes en su deseo de modernizar, sin ningún criterio estético, las ciudades.

Una de las más bellas descripciones es la que traza de la Catedral de San Luis Potosí:

El estilo de la Iglesia potosina es el barroco salomónico en su fachada central, pero en la lateral, que parece un ensayo de las formas viejas con las nuevas, se plantea una columna que hará escuela fuera de San Luis. Es la audaz columna dividida en tercios diferentes: el primero es una selva de acantos con niños —pequeños adanes inocentes— que juegan; el segundo lleva una moldura helicoidal que da el movimiento giratorio salomónico, y el tercero es un gracioso petatillo que la remata antes del capitel. Parecidas columnas harán en su catedral los artífices de Zacatecas y Aguascalientes...

Los otros dos relatos sobre San Luis Potosí son una denuncia de lo que el afán de modernidad ha ocasionado no sólo a San Luis Potosí, sino a otras ciudades, verdaderas joyas artísticas. En el segundo, con el título de "La ciudad de San Luis Potosí se disfraza" (*Novedades*, 7 de mayo de 1950), censura esa incomprensión al arte colonial:

San Luis Potosí es una de las ciudades más hermosas e interesantes de México. Quien tenga ojos y sensibilidad, lo afirmará como yo. Por eso escribo estas líneas como una protesta contra el disfraz con que el siglo xx viste a la ciudad de los jardines...

San Luis es una vieja población con sabor de conventos, pero ha sabido superar este rancio empalago con la túnica laica del siglo xix. Sus casas de mediados del siglo de las luces, sus palacios del porfirismo, le dan un ambiente de aristocracia arquitectónica civil que hace olvidar la estrechez de sus calles, la pobreza de sus barrios y la dominante religiosidad de otras ciudades... Aquí la casa colonial va del brazo con la mansión porfirista sin choque ni violencia, continuando un modo de ser, una secuencia arquitectónica, una "manera" peculiar que caracteriza a la ciudad de San Luis Rey.

El disfraz con que San Luis Potosí cubre sus armoniosas galas son los edificios modernos, que sin respetar la unidad existente en la ciudad la rompen.

Comienza en San Luis su nueva arquitectura destruyendo o remendando la anterior. Ya no se viste de casaca o de sombrero de tres picos, ni de levita y sombrero de copa, pero tampoco de saco y pantalón. Se disfraza. Una vez se viste de barroco libanés en las nuevas colonias... en donde las puertas y ventanas, mal copiadas de las del siglo xviii, quieren hacer una inútil competencia con el verdadero barroco.

Pero los disfraces que amenazan a todo San Luis ahora, son los modernos edificios que están llenando el centro. Algunos hay buenos es cierto, pero todos, hasta los más miserables traen una innovación totalmente innecesaria y antiestética, una gruesa mampara de cemento que avanza y cubre la banqueta.

Y añade, mamparas que sin objeto, se ponen en una ciudad en la que llueve poco y cuya única utilidad es interrumpir la hermosa perspectiva que se observaba desde los balcones potosinos.

No sólo eso tiene que sufrir San Luis Potosí, sino también el cambio del precioso adoquín de sus calles por el de la capa de asfalto, atentado que indigna todavía más al maestro, quien denuncia esa locura "En San Luis Potosí y sus calles de piedra" (*Novedades*, 4 de diciembre de 1962).

Pero no es la destrucción directa de monumentos o la erección de edificios modernos en áreas con sabor colonial o porfirista, lo único que afea las ciudades y destruye la eutimia de las mismas, hay otros enemigos tanto o más peligrosos. Y en una exposición llena de gracia titulada: "La propaganda y la belleza o la estética de la Coca-Cola" (*Novedades*, 19 de diciembre de 1954), acusa a los anunciantes de que

sin respeto alguno colocan sus ridículos letreros por todas las esquinas "en injurioso exhibicionismo de su valer", dando lugar a que:

Quien ha visto tres esquinas de ésas ya no tiene retina para ver más y prefiere olvidar este mundo, frente, no a una Pepsi-Cola, sino a una copa de tequila...

Las esquinas de los pueblos y de las ciudades de México son algo inefable. Ya se ha hecho muchas veces el chiste-verdad de que en este país las calles se llaman "Coca-Cola", "Mejoral" o "Pan Bimbo" (no sólo por falta de nombres de las calles, sino porque los anuncios se superponen a ellos cuando los hay).

Sus amplísimos conocimientos sobre arte colonial mexicano, Francisco de la Maza no los guardó para sí, hizo de ellos una generosa donación, no sólo en la cátedra, sino en una serie de artículos en los cuales habla, desde el muy mexicano relieve de Santiago Tlatelolco, los peculiares retablos del convento franciscano de Chamacuero, el simbolismo zoomórfico de la plástica cristiana, hasta entregarnos en una poética relación, la belleza de Tonantzintla, en el atractivo y diferente artículo publicado en el libro de homenaje al doctor Alfonso Caso en 1951, en el que establece un parangón entre los relieves de esa iglesia única en su género, y los frescos prehispánicos de Tepantitla en Teotihuacán.

A pesar de la sensibilidad extraordinaria que tenía para cualquier manifestación estética, el arte prehispánico no lo conmovió como el arte colonial, de aquí la importancia de este artículo en el que pinta hermosamente el paríso indígena de Tepantitla:

Hay procesiones de sacerdotes de Tláloc el munificente dios de la lluvia... hay extraños juegos de pelota y motivos ornamentales de fauna y flora, pero lo más importante y atractivo es el espléndido fresco de la sala principal del palacio, en el que aparecen figuras humanas alrededor de un río, que danzan, juegan, se bañan, recogen flores y cazan mariposas. Es todo un mundo animado de color y alegría.

Ese mundo lleno de vitalidad y gozo aparece en los relieves de la iglesia de Tonantzintla. Para Francisco de la Maza se repite la alegría del mundo prehispánico en el colorido de los relieves de esta iglesia, con sus frutas y cestos de vegetación muy mexicana que a manera de capiteles coronan las columnas, cuyos fustes son adolescentes con espléndidos tocados de flores, así como en los niñitos indígenas que danzan

por todas partes, los mascarones con plumas, la exuberancia en la ornamentación y las flores de grandes pétalos. "Tlalocan del siglo XVIII. Es el Tlalocan con vestiduras católicas. Es nuevamente el paraíso terrenal de flores y frutos. Es la recreación plástica de la naturaleza y de sus delicias eternas."



Temas de historia, en los que el énfasis se recarga en el arte, son los "Retratos imperiales antes y después" (*Novedades*, 3 de mayo de 1953), en ellos aparecen Maximiliano y Carlota en excelentes retratos, hechos con benevolencia y actitud comprensiva para esos "bellos y trágicos príncipes".

Siguen a los anteriores ensayos, varios más sobre la destrucción de nuestro patrimonio artístico y la defensa que Francisco de la Maza hace del mismo, empleando como arma aguda y contundente su magnífica prosa. Esta parte de su obra ha sido estudiada ya con mucho detenimiento.

Dentro de su labor llena de diferentes matices, no escapó a su atención el teatro. En julio de 1957, Salvador Novo puso en escena *Hipólito* de Eurípides y en mayo de 1962, Ignacio Retes la *Trilogía* de Esquilo; ambas piezas teatrales fueron ampliamente comentadas por Francisco de la Maza, quien en género epistolar lleno de donaire y firmando con los seudónimos de "Eurípides" (*Novedades*, 14 de julio de 1957) y "Esquilo" (*Novedades*, 20 de mayo de 1962), se dirigió a los directores de esos dramas haciendo gala de sus vastísimos conocimientos e interés por la cultura clásica, para mostrarles los aciertos y defectos.

El 26 de mayo y el 2 de abril de 1965 aparecieron en *Excelsior*, con el título de "Descubrimiento de la última obra de Tiziano", dos artículos firmados por el doctor Luis G. Serrano, en los que afirmaba que el cuadro del Museo de San Carlos, que representa a don Juan de Austria dando las gracias a la Virgen por la victoria de Lepanto, era la última obra de Tiziano, a pesar de que siempre se había asegurado que esa obra era de escuela flamenca. Francisco de la Maza conocedor de la pintura renacentista, el 14 de mayo del mismo año, en el erudito artículo "¡No hay tal Tiziano!" (*Novedades*), refuta con amplio conocimiento de causa, punto por punto, las aseveraciones del señor Serrano, y con bien fundados argumentos que convencen al lector de la inautenticidad del cuadro, concluye:

De ser cierta nuestra humilde y apresurada opinión, lamentamos que el patriotismo artístico nacional se quede sin esa pretendida pintura de Tiziano, pero vale más la verdad que el buen deseo de poseer joyas que no lo son y que a la postre, nos ponen en ridículo ante la faz del mundo.

Con la descripción amenísima y minuciosa de un grabado del siglo xvii, firmado en México en 1690 (*Boletín* núm. 35, mayo de 1969, del Instituto de Antropología e Historia), termina esta importante recopilación de artículos de Francisco de la Maza. El grabado tiene el atractivo de tratar un tema profano en la época en que el misticismo imperaba y en la que sólo escenas religiosas eran reproducidas. Francisco de la Maza piensa que tal vez el grabador Nicolás Benítez, lo hizo para ilustrar "poemas y decires de la época", y va más allá en sus especulaciones, al suponer que quizá influyeron en el grabador, los versos de Sor Juana Inés de la Cruz, en particular, sus tan conocidas redondillas: "Hombres necios".

En opinión de Francisco de la Maza, este grabado de influencia flamenca, junto con una lámina que representa a la Virgen de Guadalupe, son los únicos que se conservan del siglo xvii.

La selección que Francisco de la Maza hizo en *Páginas de arte y de historia*, de sus artículos publicados en revistas y prensa periódica, ilustrados con grabados, en los que se encuentra desde el estudio pleno de conocimientos hasta el de asunto nimio como, por ejemplo, el humorístico "Las turgencias de Sor Juana" (*Novedades*, 16 de junio de 1963), dan una idea clara de sus inquietudes, vasta cultura y su deseo por defender el pasado artístico de México y lograr una mejor comprensión para el arte en general.